

Cuaderno N^o 72.

Colección Ariel m. 1

RUBEN DARIO

LA CASA DE LAS IDEAS



1916

SAN JOSE DE COSTA RICA -- C. A.

Imprenta Greñas

OBRAS DE RUBÉN DARIO

Verso

PRIMERAS NOTAS

ABROJOS

PROSAS PROFANAS

CANTOS DE VIDA Y ESPERANZA

EL CANTO ERRANTE

POEMA DEL OTOÑO Y OTROS POEMAS

CANTO A LA ARGENTINA Y OTROS POEMAS

Prosa

A DE GILBERT

LOS RAROS

ESPAÑA CONTEMPORÁNEA

PEREGRINACIONES

LA CARAVANA PASA

TIERRAS SOLARES

OPINIONES

PARISIANA

LETRAS

TODO AL VUELO

AUTOBIOGRAFÍA.

Verso y Prosa

AZUL...

EL VIAJE A NICARAGUA



RUBEN DARIO

† en León de Nicaragua en la noche del 6 de Febrero de 1916

(Dibujo de Vásquez Díaz)

APRECIACION

UN día, como alguien hiciera notar a Rubén Darío la maldad escondida entre algunas frases mías sobre un poema suyo, murmuró, según parece:

— Lo que me consuela es que él sabe mejor que nadie cuán injusto es eso.

Y, a fe de hombre honrado, mi gran amigo tenía razón. Porque si hay alguien en el mundo que admira su obra, que admira su esfuerzo y que admira su vida, soy yo. No tengo más que evocar las primeras sensaciones de mi vida literaria, para sentir, en el acto, todo lo que al autor de "Azul" le debe mi alma. El mismo ha contado, en más de una ocasión, cómo nos conocimos. Fué allá, en nuestra Tierra Tropical, cuando el colegio acababa apenas de abrirme sus puertas odiosas. El era ya célebre. Cubierto de laureles, volvía de países más hospitalarios que el suyo propio, para dar a la juventud centroamericana la magnífica lección de su independencia y de su riqueza intelectual.

Don Juan Valera lo había consagrado. América toda lo consideraba como el más joven, como el más grande de sus maestros. Y los adolescentes iban a él, llenos de entusiasmos, para ofrecerle sus primicias. “Entre los que primero llamaron a mi puerta — ha podido escribir — hallábase un chico de ojos soñadores y de labios sensuales”. El recibimiento que aquel chico tuvo, los cronistas lo conocen. Mas lo que el mismo Rubén ignora, es que antes de llamar a su puerta, la mano en apariencia firme había temblado, como la de Heine al levantar el aldabón de la casa de Goethe, como la de Gautier al tirar de la campanilla del cuarto de Hugo... ¡Ah! ¡son cosas éstas que todos dejamos para las memorias o para los artículos necrológicos! Pero ya que una verdadera inmortalidad lo ha convertido en un ser excepcional, de esos que pueden saborear en vida los anticipos de la eternidad, nada me es tan grato como escribir, aprovechando su ausencia, en esta página que él se ha reservado para sus íntimas devociones, las líneas que los escritores guardamos en general para los entierros.

¡Rubén Darío!... Yo no sé lo que tal nombre significa para los literatos que

ahora comienzan a dar cuerpo a sus visiones, pero estoy seguro de que hace veinte años, cuando los adolescentes de mi generación oían esas sílabas sonoras y raras, que parecen haber sido creadas de intento para la celebridad, algo de profundamente grave agitaba nuestras almas. El único libro que entonces había publicado el gran poeta, era el legendario "Azul" que no tiene ni la profundidad, ni la intensidad, ni la serenidad de obras suyas posteriores, y que, sin embargo, nos hacía ya entrever los maravillosos horizontes en los cuales, más tarde, ha abierto sus alas la musa castellana. Al lado del joven maestro, en aquel entonces, otros bellos poetas cantaban. En México hallábase, en plena fuerza de producción, Gutiérrez Nájera, y en Cuba agonizaba, como un dios condenado a todos los dolores, Julián del Casal. Luego, dispersas, oíanse en el vasto Continente las voces de José Martí, profesor de lirismo; de Pérez Bonalde, descubridor de mundos raros; de Domingo Estrada, despertador de almas; de Francisco Gavidia, escrutador de arcanos. Ninguno de estos seres superiores ni de otros cuyos nombres olvido, ejercían, empero, en nuestros círculos, el

poder mágico del cantor de "Azul". ¿Por qué?... Nadie, a la sazón, hubiera podido decirlo a punto fijo. Nadie sabía sino una cosa y es, que en aquel tomito impreso en Chile y en el que veinte países veían un breviario, había una riqueza inagotable de imágenes, de ritmos y de novedades. Mas ahora, considerando mejor aún que la obra la personalidad del gran poeta, comprendemos que si su influencia era mayor que las demás, es porque su genio era el único que compendía todas las aspiraciones ideales de un universo ávido de independencia espiritual y de perfección artística. Lo que nuestra generación, cansada de la solemnidad clásica, había entrevisto en el relampagueo de cien genios incompletos, el nuevo apóstol nos lo ofrecía completo y compacto, en un haz luminoso.

Aquella magnífica lección salvadora era la que, confusamente oída e instintivamente comprendida, nos hacía a todos nosotros vasallos del joven maestro.

Y cuando digo todos nosotros, no empleo una fórmula vaga. Aun los que menos parecen deberle, le deben, entre los hombres de mi generación, gran parte del tesoro que poseen. Así, por ejemplo...

¡Pero es tan penoso hablar de sí mismo!.. Rubén Darío ha contado cómo, habiéndome encontrado en camino de Madrid, pudo hacerme torcer el rumbo hacia París. “Yo le di su patria ideal”, dice. En realidad, algo más me dió, algo que, ingratamente, he olvidado más de una vez, y que es el fondo mismo de mi alma. A él le debo, en efecto, la primera lección fecunda de belleza. El me enseñó a comprender, que hay en el saber escribir algo que es más que saber, y algo que es más que escribir. Al salir de los libros clásicos, al escaparme de la retórica, “Azul” fue el evangelio que me hizo sentir que, por encima de todo, el arte es una religión.

E. GOMEZ CARRILLO.

Agosto de 1912.

LA CASA DE LAS IDEAS

I

ESTA frase de Elisée Reclus: "La ciudad de los libros" despierta en mí este pensar: "las casas de las ideas".

En efecto; si *la palabra es un ser viviente*, es a causa del espíritu que la anima: la idea.

Así, pues, las ideas, con sus carnes de palabras, vivientes, activas, se congregan, hacen sus ciudades, tienen sus casas. La ciudad es la biblioteca, la casa es el libro.

Helas allí como los humanos seres; hay ideas reales, augustas, medianas, bajas, viles, abyectas, miserables. Visten también realmente, medianamente, miserablemente. Tienen corona de oro, tiara, yelmo, manto o harapos. Imperiosas o humilladas, se alzan o caen, cantan o lloran. Evocadas por el hombre, dejan sus habitáculos, abandonan sus alvéolos, resuenan en el aire, o, silenciosas, penetran en las almas por los ojos. Luego vuelven a sus casas, después de hacer el bien o el mal.

II

Tenéis aquí una vieja catedral: es un misal antiguo. Muestra sus ferradas y pesadas puertas; sus muros, sus esculturas, sus vidrios coloreados, sus rotondas, sus flechas, sus agujas, sus campanarios. En los nichos de las mayúsculas viven los santos, las vírgenes, los mártires. A su rededor clama un pueblo de ideas santas, canta como a son de órgano o al vago vibrar de tiorbas celestes. Las ideas angélicas, encarnadas en palabras castas y blancas, dicen en coro rezos, himnos, glorias, *hosannas*. Las martirizadas pasan purpúreas, cerca de los azules y oros que pulieron los monjes. Unas llevan los ramos de lirios en las manos, otras clavos, coronas de espinas o palmas. ¡Palmas! Cuando el triunfo de Nuestro Señor Jesucristo llena las vastas naves, el pueblo de ideas fieles se congrega. Es el ambiente de los profetas, el mundo de los doctores, la atmósfera de los beatos. Un incienso de fe perfuma el aire. Los altares, bellos de oro y de cirios, presentan la magnificencia mística de sus arquitecturas. Por las cornisas, por los tallados de las puertas, por los calados de las piedras, piruetean los demonios bufos

con los frailes obscenos; un cabrón que termina en largo y cesposo follaje vegetal, quiere ascender hasta la soberbia expansión de los maravillosos e historiados rosetones.

Esa vieja historia es un castillo feudal. Oís el cuerno del enano, entráis por el puente levadizo. Encontraréis dentro al castellano, a la castellana, a los pajes, a las dueñas. Las ideas están vestidas a la usanza de entonces; todo es hierro, lorigas, caparazones; en los cintos las espadas, en los blancos cuellos las golas; en los puños gerifaltes. Y suena el rumor de las mesnadas de ideas. Ellas claman, vitorean, dicen decires, cantan cantos, tienen sus fiestas, sus cacerías; pelean bravas, juran y se signan, saben de respeto y de honor, de Dios y de los caballeros. De noche, al calor del buen hogar, cuentan cuentos.

En esa *Iliada* pasa, truena un mundo de ideas gigantescas; viven en palabras desmesuradas, altas, vibrantes, sonoras, primitivas, divinas. Hay ideas que pasan desnudas como Venus; otras que ululan como Hécuba; otras heroicas y veloces como Aquiles. En esa portentosa ciudad griega por donde quiera os halaga la maravilla del ritmo, reina la música en su

sentido original; al mandato de una lógica imperiosa, todo se mueve obedeciendo al número; al paso escucháis cómo hacen vibrar el bosque de aritmética las cigarras del verso.

En ese usado *Ars Amandi* os sonríen variadas y graciosas ideas femeninas. Provoan, llaman a la batalla del amor; así como ese ojeado Aretino, propiedad quizá de alguna refinada marquesa del tiempo pasado, es un curioso prostíbulo.

En las bibliotecas existe el "inferi", como en ciertos museos los gabinetes secretos, y en los estereoscopios las vistas reservadas. ¿En dónde había de estar sino en el infierno la *Faustina* del divino Marqués?

III

Los impresores y los encuadernadores son los arquitectos de las ideas congregadas. Ellos les levantan sus palacios, o las alojan en casas burguesas; las adornan de formas elegantes, caprichosas, modernas, graves, cómicas; las ilustran, las refinan o las ponen en aislados ghettos; las colocan, las recaman de oro como si fuesen personas imperiales; tapizan sus casas con las pieles de los animales, con costosos pergaminos, telas ricas, sedas y galones. Mu-

chas, fastuosas y vulgares, moran en palacetes opulentos de keapsake; otras, hermosísimas, puras, nobles, llevan pobremente en ediciones modestas su perfecta gracia gentilicia.

Las primeras son semejantes a ricas herederas, feas y estúpidas; las otras a princesas olvidadas, hijas de reyes caídos, virginales, supremas, avasalladoras por la sola virtud de su potencia nativa. Hay unas heroicas, yámbicas, masculinas. Hay las soldados, espadachines, verdugos, perros furiosos. ¡No toquéis a los que manejan ideas!

Allí viven las ideas en sus casas, en sus ciudades e imperios, las bibliotecas; tienen sus Parises, sus Londres, sus aldehuelas, sus villas. En las puertas de sus mansiones se ven nombres anunciadores de sus jerarquías, desde la *Biblia* hasta *Bertoldo*, desde Hugo hasta el Sr. X. Pues todo en ellas Y sucede como en los hombres, y así, son unas porfirogénitas, otras plebeyas. como el hombre también, unas mueren y caen en el olvido; otras ascienden a la inmortalidad, por la suma gloria del genio.

(Del volumen *Letras*)

AZUL....

....Esta mañana de primavera me he puesto a hojear mi amado viejo libro, un libro primigenio, el que iniciara un movimiento mental que había de tener después tantas triunfantes consecuencias; y lo hojéo como quien relee antiguas cartas de amor, con un cariño melancólico, con una "saudade" conmovida en el recuerdo de mi lejana juventud. Era en Santiago de Chile, a donde yo había llegado, desde la remota Nicaragua, en busca de un ambiente propicio a los estudios y disciplinas intelectuales. A pesar de no haber producido hasta entonces Chile principalmente sino hombres de estado y de jurisprudencia, gramáticos, historiadores, periodistas, y, cuando más, rimadores tradicionales y académicos de directa descendencia peninsular, yo encontré nuevo aire para mis ansiosos vuelos y una juventud llena de deseos de belleza y de nobles entusiasmos.

Cuando publiqué los primeros cuentos y poesías que se salían de los cánones usua-

les, si obtuve el asombro y la censura de los profesores, logré en cambio el cordial aplauso de mis compañeros. ¿Cuál fué el origen de la novedad? El origen de la novedad fué mi reciente conocimiento de autores franceses del Parnaso, pues a la sazón la lucha simbolista apenas comenzaba en Francia y no era conocida en el extranjero y menos en nuestra América. Fué Catulle Mendés mi verdadero iniciador, un Mendés traducido, pues mi francés todavía era precario. Algunos de sus cuentos lírico-eróticos, una que otra poesía, de las comprendidas en el "Parnase contemporaine", fueron para mí una revelación. Luego vendrían otros anteriores y mayores: Gautier, el Flaubert de "La tentation de St. Antoine", Paul de Saint Victor, que me aportarían una inédita y deslumbrante concepción del estilo. Acostumbrado al eterno clisé español del siglo de oro, y a su indecisa poesía moderna, encontré en los franceses que he citado una mina literaria por explotar: la aplicación de su manera de adjetivar, de ciertos modos sintáxicos, de su aristocracia verbal, al castellano. Lo demás lo daría el carácter de nuestro idioma y la capacidad individual. Y yo, que me sabía de memoria el "Dic-

cionario de galicismos” de Baralt, comprendí que no sólo el galicismo oportuno, sino ciertas particularidades de otros idiomas son utilísimas y de una incomparable eficacia en un apropiado trasplante. Así mis conocimientos de inglés, de italiano, de latín, debían servir más tarde al desenvolvimiento de mis propósitos literarios. Mas mi penetración en el mundo del arte verbal francés no había comenzado en tierra chilena. Años atrás, en Centro América, en la ciudad de San Salvador y en compañía del buen poeta Francisco Gavidia, mi espíritu adolescente había explorado la inmensa selva de Víctor Hugo y había contemplado su océano divino en donde todo se contiene.

¿Por qué ese título “Azul”? No conocía aún la frase huguesa “L’Art c’est l’azur”, aunque sí la estrofa musical de “Les châtiments”:

Adieu, patrie,
L’onde est en furie.
Adieu, patriel
Azur!

Mas el azul era para mí el color del ensueño, el color del arte, un color helénico y homérico, color oceánico y firmamental, el “coeruleum”, que en Plinio es el color

simple que semeja al de los cielos y al zafiro. Y Ovidio había cantado:

Respice vindicibus pacatum viribus orbem
Que latam Nereus coeruleus ambit humum.

Concentré en ese color célico la floración espiritual de mi primavera artística. Ese primer libro, — pues apenas puedo contar el volumen incompleto de versos que apareció en Managua con el título de “Primeras notas”—se componía de un puñado de cuentos y poesías, que podrían calificarse de parnasianas. “Azul...” se imprimió en 1888 en Valparaíso, bajo los auspicios del poeta de la Barra y de Eduardo Poirier, pues el mecenas a quien fuera dedicado por insinuaciones del primero de estos amigos ni siquiera me acusó recibo del primer ejemplar que le remitiera.

El libro no tuvo mucho éxito en Chile. Apenas se fijaron en él cuando D. Juan Valera se ocupara en su contenido en una de sus famosas “Cartas Americanas” de “Los lunes del Imparcial”. Valera vió mucho, expresó su sorpresa y su entusiasmo sonriente—¿por qué hay muchos que quieren ver siempre alfileres en aquellas manos ducales?—pero no se dió cuenta de la trascendencia de mi tentativa. Porque si el

librito tenía algún personal mérito relativo, de allí debía derivar toda nuestra futura revolución intelectual. A los que asustaba lo original de la reciente manera les fué extraño que un impecable como don Juan Valera hiciese notar que la obra estaba escrita "en muy buen castellano". Otros elogios hiciera "el tesorero de la lengua", como le llama el conde de las Navas, y el libro fué desde entonces buscado y conocido tanto en España como en América. Valera observa, sobre todo, el completo espíritu francés del volumen. "Ninguno de los hombres de letras de la península que he conocido yo con más espíritu cosmopolita, y que más largo tiempo han residido en Francia, y que han hablado mejor el francés y otras lenguas extranjeras, me ha parecido nunca tan compenetrado del espíritu de Francia como usted me parece: ni Galiano, ni D. Eugenio de Ochoa, ni Miguel de los Santos Alvarez." Y agregaba más adelante: "Resulta de aquí un autor nicaragüense que jamás salió de Nicaragua sino para ir a Chile, y que es autor tan a la moda de París y con tanto chic y distinción, que se adelanta a la moda y pudiera modificarla e imponerla". Ciertamente; un soplo de París animaba mi

esfuerzo de entonces; mas había también, como el mismo Valera lo afirmaba, un gran amor por las literaturas clásicas y conocimiento "de todo lo moderno europeo". No era, pues, un plan limitado y exclusivo. Hay, sobre todo, juventud, un ansia de vida, un estremecimiento sensual, un re-lente pagano, a pesar de mi educación religiosa y profesar desde mi infancia la doctrina católica, apostólica, romana. Ciertas notas heterodoxas las explican ciertas lecturas.

En cuanto al estilo, era la época en que predominaba la afición por la "escritura artista", y el diletantismo elegante. En el cuento "El rey burgués", creo reconocer la influencia de Daudet. El símbolo es claro, y ello se resume en la eterna protesta del artista, contra el hombre práctico y seco, del soñador contra la tiranía de la riqueza ignara. En "El sátiro sordo", el procedimiento es más o menos mendesianno, pero se impone el recuerdo de Hugo y de Flaubert. En "La ninfa", los modelos son los cuentos parisienses de Mendés, de Armand Silvestre, de Mezerói, con el aditamento de que el medio, el argumento, los detalles, el tono, son de la vida de París, de la literatura de París. De más

advertir que yo no había salido de mi pequeño país natal, como lo escribe Valera, sino para ir a Chile, y que mi asunto y mi composición eran de base libresca. En "El fardo" triunfa la entonces en auge escuela naturalista. Acababa de conocer algunas obras de Zola, y el reflejo fué inmediato; mas no correspondiendo tal modo a mi temperamento ni a mi fantasía, no volví a incurrir en tales desvíos. En "El velo de la reina Mab", sí, mi imaginación encontró asunto apropiado. El deslumbramiento shakespeareano me poseyó y realicé por primera vez el poema en prosa. Más que en ninguna de mis tentativas, en esta perseguí el ritmo y la sonoridad verbales, la trasposición musical, hasta entonces—es un hecho reconocido—desconocida en la prosa castellana, pues las cadencias de algunos clásicos son, en sus desenvueltos períodos, otra cosa. "La canción del oro" es también poema en prosa, pero de otro género. Valera la califica de letanía. Y aquí una anécdota. Yo envié a París, a varios hombres de letras, ejemplares de mi libro, a raíz de su aparición. Tiempo después, en "La Panthée" de Peladán aparecía un "Cantique de l'or" más que semejante al mío. Coincidencia posiblemente.

No quise tocar el asunto, porque entre el gran esteta y yo no había esclarecimiento posible, y a la postre habría resultado, a pesar de la cronología, el autor de "La canción del oro" plagario de Peladán.

"El rubí" es otro acento a la manera parisiense. Un "mito", dice Valera. Una fantasía primaveral, más bien; lo propio que "El palacio del sol", donde llamara la atención el empleo del "leit-motiv". Y otra narración de París, más ligera, a pesar de su significación vital, "El pájaro azul". En "Palomas blancas y garzas morenas" el tema es autobiográfico y el escenario la tierra centroamericana en que me tocó nacer. Todo en él es verdadero, aunque dorado de ilusión juvenil. Es un eco fiel de mi adolescencia amorosa, del despertar de mis sentidos y de mi espíritu ante el enigma de la universal palpitación. La parte titulada "En Chile" que contiene "En busca de Cuadros", "Acuarela", "Paisaje", "Agua fuerte", "La Virgen de la Paloma", "La cabeza", otra "Acuarela", "Un retrato de Watteau", "Naturaleza muerta", "Al carbón", "Paisaje", y "El ideal", constituyen ensayos de color y de dibujo, que no tenían antecedentes en nuestra prosa. Tales trasposiciones pictóricas debían ser

seguidas por el grande y admirable colombiano J. Asunción Silva,—y esto, cronológicamente, resuelve la duda expresada por algunos de haber sido la producción del autor del Nocturno anterior a nuestra Reforma. “La muerte de la emperatriz de la China —publicado recientemente en francés en la colección “Les mille nouvelles nouvelles”,—es un cuento ingenuo, de escasa intriga, con algún eco a lo Daudet. “A una estrella”, canto pasional, romanza, poema en prosa, en que la idea se une a la musicalidad de la palabra.

Luego viene la parte de verso del pequeño volumen. En los versos seguía el mismo método que en la prosa: la aplicación de ciertas ventajas verbales de otras lenguas, en este caso principalmente del francés, al castellano. Abandono de las ordenaciones usuales de los clisés consuetudinarios; atención a la melodía interior, que contribuye al éxito de la expresión rítmica; novedad en los adjetivos, estudio y fijeza del significado etimológico de cada vocablo, aplicación de la erudición oportuna, aristocracia léxica. En “Primaveral”—de “El año lírico”,—creo haber dado una nueva nota en la orquestación del romance, con todo y contar con antecesores tan

ilustres al respecto como Góngora y el cubano Zenea. En "Estival" quise realizar un trozo de fuerza. Algún escaso lector de tierras calientes ha querido dar a entender que — ¡tratándose de tigres! — mi trabajo podía ser, si no hurto, traducción, de Leconte de Lisle. Cualquiera puede desechar la inepta insinuación con recorrer toda la obra del poeta de "Poémes barbares". Ello me hizo sonreír, como el venerable "Athe-neum" de Londres, que porque hablo de toros salvajes en unos de mis versos, me compara con Mistral. En "Autumnal" vuelve el influjo de la música, una música íntima, "di camera", y que contiene las gratas aspiraciones amorosas de los mejores años, la nostalgia de lo aun no encontrado—y que, casi siempre, no se encuentra nunca tal como se sueña. Hay en seguida, aconsonantando con lo anterior, la versión de un "Pensamiento de otoño", de Armand Silvestre. Bien sabido es que, a pesar de sus particularidades harto rabelaisianas y de su excesiva "galoiserie", Silvestre era un poeta en ocasiones delicado, fino y sentimental. "Anagke" es una poesía aislada y que no se compadece con mi fondo cristiano. Valera la censura con razón, y ella no tuvo posiblemente, más razón de ser

que un momento de desengaño, y el acíbar de lecturas poco propias para levantar el espíritu a la luz de las supremas razones. El más intonso teólogo puede deshacer en un instante la reflexión del poeta en ese instante pesimista, y demostrar que tanto el gavián como la paloma forman parte integrante y justa de la concorde unidad del universo; y que, para la mente infinita, no existen, como para la limitada mente humana, ni Arimanes, ni Ormutz. Concluye el librito con una serie de sonetos: "Caupolicán", que inició la entrada del soneto alejandrino a la francesa en nuestra lengua,—al menos según mi conocimiento. Aplicación a igual poema de forma fija, de versos de quince sílabas, se advierte en "Venus". Otro soneto a la francesa y de asunto parisiense: "De invierno". Luego retratos líricos, medallones, de poetas que eran algunos de mis admiraciones de entonces: Leconte de Lisle, Catulle Mendés, el yanqui Walt Whitman, el cubano J. J. Palma, el mejicano Díaz Mirón, a quien imitara en ciertos versos agregados en ediciones posteriores de "Azul....", y que empiezan:

Nada más triste que un titán que llora,
Hombre-montaña encadenado a un lirio,
Que gime, fuerte, que, pujante, implora,
Víctima propia en su fatal martirio.

Tal fué mi primer libro, origen de las bregas posteriores, y que, en una mañana de primavera, me ha venido a despertar los más gratos y perfumados recuerdos de mi vida pasada, allá en el bello país de Chile. Si mi "Azul..." es una producción de arte puro, sin que tenga nada de docente ni de propósito moralizador, no es tampoco lucubrado de manera que cause la menor delectación morosa. Con todos sus defectos, es de mis preferidas. Es una obra, repito, que contiene la flor de mi juventud, que exterioriza la íntima poesía de las primeras ilusiones y que está impregnada de amor al arte y de amor al amor.

Paris, Junio de 1913.



PROSAS PROFANAS

Sería inútil tarea intentar un análisis exegético de mi libro "Prosas Profanas" después del estudio tan completo del gran José Enrique Rodó en su magistral y célebre opúsculo, reproducido a manera de prólogo en la edición parisiense de la Viuda de C. Bouret, y en la cual no apareció la firma del ilustre uruguayo por un descuido de los editores. Mas sí podré expresar mi sentimiento personal, tratar de mis procedimientos y de la génesis de los poemas en esta obra contenidos. Ellos corresponden al período de ardua lucha intelectual que hube de sostener, en unión de mis compañeros y seguidores, en Buenos Aires, en defensa de las ideas nuevas, de la libertad del arte, de la acracia, o, si se piensa bien, de la aristocracia literaria. En unas palabras de introducción concentraba yo el alcance de mis propósitos.

Ya había aparecido "Azul..." en Chile; ya había aparecido "Los Raros" en la capital argentina. Estaba de moda entonces

la publicación de manifiestos, en la brega simbolista de Francia, y muchos jóvenes amigos me pedían hiciese en Buenos Aires lo que, en París, Moreas y tantos otros. Opiné que no estábamos en idéntico medio, y que tal manifiesto no sería ni fructuoso, ni oportuno. La atmósfera y la cultura de la secular Lutecia no era la misma de nuestro estado continental. Si en Francia abundaba el tipo de Remy de Gourmont, "Celui-qui-ne-comprend-pas" ¿cómo no sería entre nosotros?. El pululaba en nuestra clase dirigente, en nuestra general burguesía, en las letras, en la vida social. No contaba, pues, sino con una "élite", y sobre todo con el entusiasmo de la juventud, deseosa de una reforma, de un cambio en su manera de concebir y de cultivar la belleza.

Aun entre algunos que se habían apartado de las antiguas maneras, no se comprendía el valor del estudio y de la aplicación constante, y se creía que con el solo esfuerzo del talento podría llevarse a cabo la labor emprendida. Se proclamaba una estética individual, la expresión del concepto propio, mas también era preciso la base del conocimiento del arte a que uno se consagraba, una indispensable erudición y el necesario don del buen gusto. Me adelanté

a prevenir el perjuicio de toda imitación, y, apartando sobre todo a los jóvenes catecúmenos de seguir mis huellas, recordé un sabio consejo de Wagner a una ferviente discípula suya que fué al mismo tiempo una de las amadas de Catulle Mendés.

Asqueado y espantado de la vida social y política en que mantuviera a mi país original un lamentable estado de civilización embrionaria, no mejor en tierras vecinas, fué para mí un magnífico refugio la República Argentina, en cuya capital, aunque llena de tráfgos comerciales, había una tradición intelectual y un medio más favorable al desenvolvimiento de mis facultades estéticas. Y si la carencia de una fortuna básica me obligaba a trabajar periodísticamente, podía dedicar mis vagares al ejercicio del puro arte y de la creación mental. Mas abominando la democracia, funesta a los poetas, así sean sus adoradores como Walt Whitman, tendí hacia el pasado, a las antiguas mitologías y a las espléndidas historias, incurriendo en la censura de los miopes. Pues no se tenía en toda la América española como fin y objeto poéticos más que la celebración de las glorias criollas, los hechos de la independencia y la naturaleza americana: un eterno canto a Junín,

una inacabable oda a la Agricultura de la zona tórrida, y décimas patrióticas. No negaba yo que hubiese un gran tesoro de poesía en nuestra época prehistórica, en la conquista y aun en la colonia; mas con nuestro estado social y político posterior llegó la chatura intelectual y períodos históricos más a propósito para el folletín sangriento que para el noble canto. Y agregaba, sin embargo: "Buenos Aires: cosmópolis. ¡Y mañana!" La comprobación de este augurio quedó afirmada con mi reciente "Canto a la Argentina".

En cuanto a la cuestión ideológica y verbal, proclamé ante glorias españolas más sonoras, la del gran D. Francisco de Quevedo, de Santa Teresa, de Gracián, opinión que más tarde aprobarían y sostendrían en la Península egregios ingenios. Una frase hay que exigiría comentario: "Abuelo, preciso es decíroslo: mi esposa es de mi tierra; mi querida es de París." En el fondo de mi espíritu, a pesar de mis vistas cosmopolitas, existe el inarrancable filón de la raza; mi pensar y mi sentir continúan un proceso histórico y tradicional; mas de la capital del arte y de la gracia, de la elegancia, de la claridad y del buen gusto, habría de tomar lo que contribuyese a

embellecer y decorar mis eclosiones autóctonas. Tal di a entender. Con el agregado de que no sólo de las rosas de París extraería esencias, sino de todos los jardines del mundo. Luego expuse el principio de la música interior: "Como cada palabra tiene un alma, hay, en cada verso, además de la armonía verbal, una melodía ideal. La música es sólo de la idea, muchas veces". Luego profesé el desdén de la crítica de gallina-ciega, de la gritería de los ocas, y aticé el fuego del estímulo para el trabajo, para la creación, "Bufe el eunuco: cuando una musa te dé un hijo, queden las otras ocho en cinta". Frase que he leído citada en una producción reciente de un joven español, ¡como de Théophile Gautier!...

En "Era un aire suave...", que es un aire suave, sigo el precepto del Arte Poética de Verlaine: "De la musique avant toute chose". El paisaje, los personajes, el tono, se presentan en ambiente siglodieciochesco. Escribí como escuchando los violines del rey. Poseyeron mi sensibilidad Romeau y Lulli. Pero el abate joven de los madrigales y el vizconde rubio de los desafíos, ante Eulalia que ríe, mantienen la secular felinidad femenina contra el viril rendido; Eva, Judith, u Onfalia; peores que todas las

“sufrajettes”. En “Divagación” diríase un curso de geografía erótica; la invitación al amor bajo todos los soles, la pasión de todos los colores y de todos los tiempos. Allí flexibilicé hasta donde puede el endecasílabo. La “Sonatina” es la más rítmica y musical de todas estas composiciones, y la que más boga ha logrado en España y América. Es que contiene el sueño cordial de toda adolescente, de toda mujer que aguarda el instante amoroso. Es el deseo íntimo, la melancolía ansiosa, y es, por fin, la esperanza. En “Blasón” celebro el cisne, pues esos versos fueron escritos en el álbum de una marquesa de Francia propicia a los poetas. En el “Del Campo” me amparaba la sombra de Banville, en un tema y en una atmósfera criollos. En la alabanza “a los ojos negros de Julia” madrigalicé caprichosamente. La “Canción de Carnaval” es también a lo Banville, una oda funambulesca, de sabor argentino, bonaerense. Dos galanterías siguen, para una dama cubana. Fueron escritas en presencia de mi malogrado amigo Julián del Casal, en la Habana, hace más de veinte años, e inspirados por una bella dama, María Cay, hoy viuda del general Lachambre. “Bouquet” es otro madrigal de capricho. “El

faisán”, en tercetos monorrimos, es un producto parisiense, ideado en París, escrito en París, trascendente de parisina. “Garçonniere” dice horas artísticas y fraternas de Buenos Aires. “El país del sol”, formulado a la manera de los “lieds de France” de Catulle Mendés, y como un eco de Gaspard de la Nuit, concretan la nostalgia de una niña de las islas del trópico, animada de arte, en el medio frígido y duro de Manhattan, en la imperial New-York. “Margarita”—que ha tenido la explicable suerte de estar en tantas memorias—es un melancólico recuerdo pasional, vivido, aunque en la verdadera historia, la amada sensual no fué alejada por la muerte sino por la separación. “Mía”, y “Dice mía”, son juegos para música, propios para el canto, “lieds” que necesitan modulación.

En “Heraldos” demuestro la teoría de la melodía interior. Puede decirse que en este poemita el verso no existe, bien que se imponga la notación ideal. El juego de las sílabas, el sonido y color de las vocales, el nombre clamado, heráldicamente, evocan la figura, oriental, bíblica, legendaria, y el tributo, y la correspondencia.

El “Coloquio de los centauros” es otro

“mito”, que exalta las fuerzas naturales, el misterio de la vida universal, la ascensión perpetua de Psique, y luego plantea el arcano fatal y pavoroso de nuestra ineludible finalidad. Mas renovando un concepto pagano, Thanatos no se presenta como en la visión católica, armada de su guadaña, larva o esqueleto, la medioeval reina de la peste y emperatriz de la guerra; antes bien surge bella, casi atrayente, sin rostro angustioso, sonriente, pura, casta, y con el amor dormido a sus pies. Y, bajo un principio pánico, exalto la unidad del universo, en la ilusoria Isla de Oro, ante la vasta mar. Pues como dice el divino visionario Juan: “Hay tres cosas que dan testimonio en la tierra: el espíritu, el agua y la sangre; y estos tres no son más que “uno”. (“Ep. B. Joannis Apost. V, 8.: Et tres sunt, qui testimonium dant in terra: spiritus, et aqua, et sanguis; et hic tres unum sunt.”)

En “El poeta pregunta por Stella”, el poeta rememora a un angélico ser desaparecido, a una hermana de las liliales mujeres de Poe que ha ascendido al cielo cristiano. Luego leeréis un prólogo lírico, que se me antojó llamar “pórtico”, escrito hace largos años en alabanza del muy buen poeta, del vibrante, sonoro y copioso Sal-

vador Rueda, gloria y decoro de las Andalucías. Y como en ese tiempo visitase yo lo que es llamada harto popularmente tierra de María Santísima, no dejé de pagar tributo, contagiado de la alegría de las castañuelas, panderos y guitarras, a aquella encantada región solar. Y escribí, entre otras cosas, el "Elogio de la seguidilla".

En Buenos Aires, e iniciado en los secretos wagnerianos por un músico y escritor belga, M. Charles de Gouffre, rimé el soneto de "El Cisne"—¡ave eternal!—que concluye:

¡Oh Cisne! ¡oh sacro pájaro! Si antes la blanca Helena
Del huevo azul de Leda brotó de gracia llena,
Siendo de la hermosura la princesa inmortal,
Bajo tus blancas alas la nueva Poesía,
Concibe en una gloria de luz y de armonía
La Helena eterna y pura que encarna el ideal.

"La página blanca" es como un sueño cuyas visiones simbolizaran las bregas, las angustias, las penalidades del existir, la fatalidad genial, las esperanzas y los desencantos, y el irremisible epílogo de la sombra eterna, del desconocido más allá.

¡Ay, nada ha amargado más las horas de meditación de mi vida que la certeza tenebrosa del fin; y cuántas veces me he refugiado en algún paraíso artificial, poseído del horror fatídico de la muerte!

“Año Nuevo” es una decoración sideral, animada, se diría, de un teológico aliento. La “Sinfonía en gris mayor” trae necesariamente el recuerdo del mágico Théo, del exquisito Gautier y su “Symphonie en blanc majeur”. La mía es anotada “d’après nature”, bajo el sol de mi patria tropical. Yo he visto esas aguas en estagnación, las costas como candentes, los viejos lobos de mar que iban a cargar en goletas y bergantines maderas de tinte, y que partían a velas desplegadas, con rumbo a Europa. Bebedores taciturnos, o risueños, cantaban en los crepúsculos, a la popa de sus barcos, acompañándose con sus acordeones, cantos de Normandía o de Bretaña, mientras exhalaban los bosques y los esteros cercanos rodeados de manglares, bocanadas cálidas y relentes palúdicos. En “Epitalamio bárbaro” se testifica en la lira el triunfo amoroso de un grande apolonida. El “Responso” a Verlaine prueba mi admiración y fervor cordial por el Pauvre Lelian, a quien conocí en París en días de su triste y entristecedora bohemia; y hago ver las dos faces de su alma pánica, la que da a la carne y la que da al espíritu, la que da a las leyes de la humana naturaleza y la que da a Dios y a los misterios católicos, “parale-

lamente". En el "Canto de la sangre" hay una sucesión de correspondencias y equivalencias simbólicas, bajo el enigma del licor sagrado que mantiene la vitalidad en nuestro cuerpo mortal. La siguiente parte del volumen, "Recreaciones arqueológicas", indican por su título el contenido. Son ecos y maneras de épocas pasadas, y una demostración, para los desconcertados y engañados contrarios, de que, para realizar la obra de reforma y de modernidad que emprendiera, he necesitado anteriores estudios de clásicos y primitivos. Así en "Friso" recurro al elegante verso libre, cuya última realización plausible en España es la célebre "Epístola a Horacio" de D. Marcelino Menéndez y Pelayo. Hay más arquitectura y escultura que música; más cincel que cuerda o flauta. Lo propio en "Palimpsesto", en donde el ritmo se acerca a la repercusión de los números latinos. En "El reino interior" se encuentra de la influencia de la poesía inglesa, de Dante Gabriel Rosetti, y de algunos de los corifeos del simbolismo francés. (¡Por Dios! Si he querido en un verso hasta aludir al "Glosario" de Powell...) "Cosas del Cid" encierra una leyenda que narra en prosa Barbey d'Aureville y que, en verso, he continuado. "De-

cires, layes y canciones” renuevan antiguas formas poémicas y estróficas; y así expreso amores nuevos con versos compuestos y arreglados a la manera de Johan de Duenyas, de Johan de Torres, de Valtierra, de Santa Fe, con inusitados y sugerentes escogimientos verbales y rítmicas combinaciones que dan un gracioso y eufónico resultado, y con el aditamento de finidas y tornadas. Y, para concluir, en la serie de sonetos que tiene por título “Las ánforas de Epicuro”—con una “Marina” intercalada—hay una como exposición de ideas filosóficas; en “La espiga” la concentración de un ideal religioso a través de la naturaleza; en “La fuente” el autoconocimiento y la exaltación de la personalidad; en “Palabras de la Satiresa” la conjunción de las exaltaciones pánica y apolínea—que ya Moreas, según lo hace saber un censor, más que listo, había preconizado, ¡y tanto mejor!—en “La anciana” una alegórica afirmación de supervivencia; en “Ama tu ritmo...” otra vez la exposición de la potencia íntima individual; en “A los poetas risueños”, un gozo amable, un ímpetu que lleva a la claridad alegre y reconfortante, con el exultorio de los cantores de la dicha; en “La hoja de oro”, el arcano de tristezas autum-

nales; en "Marina", una amarga y verdadera página de mi vivir; en "Syrinx" (pues el soneto que aparece en otras ediciones con el título "Dafne", por equivocación, debe llevar el de "Syrinx") paganizo al cantar la concreción espiritual de la metamorfosis; "La gitanilla" es una rimada anécdota. Loo después a un antiguo y sabroso citareda de España; lanzo una voz de aliento y de ánimo; indico mis sueños. Y tal es ese libro, que amo intensamente y con delicadeza, no tanto como obra propia, sino porque a su aparición se animó en nuestro continente toda una cordillera de poesía poblada de magníficos y jóvenes espíritus. Y nuestra alba se reflejó en el viejo solar.

CANTOS DE VIDA Y ESPERANZA

SI un "Azul..." simboliza el comienzo de mi primavera, y "Prosas profanas" mi primavera plena, "Cantos de Vida y Esperanza" encierran las esencias y savias de mi otoño. He leído, no recuerdo ya de quien, el elogio del otoño; mas, ¿quien mejor que Hugo lo ha hecho con el encanto profundo de su selva lírica? La autumnal es la estación reflexiva. La naturaleza comunica su filosofía sin palabras, con sus hojas pálidas, sus cielos taciturnos, sus opacidades melancólicas. El ensueño se impregna de reflexión. El recuerdo ilumina con su interior luz apacible los más amables secretos de nuestra memoria. Respiramos, como a través de un aire mágico, el perfume de las antiguas rosas. La ilusión existe, mas su sonrisa es discreta. Adquiere el amor mismo cierta dulce gravedad. Esto no lo comprendieron muchos, que al aparecer "Cantos de Vida y Esperanza" echaron de menos el tono matinal de "Azul...", y la princesa que es-

taba triste en "Prosas profanas", y los caprichos siglo XVIII, mis queridas y gentiles versallerías, los madrigales galantes y preciosos y todo lo que, en su tiempo, sirvió para renovar el gusto y la forma y el vocabulario, en nuestra poesía encajonada en lo pedagógico-clásico, anquilosada de siglo-de-oro, o apegada, cuando más, a las fórmulas prosaico-filosóficas ó baritonantes y campanudas de maestros, aunque ilustres, limitados. Apenas Becquer había traído su melodía a la germánica, aunque el gran Zorrilla imperase, Cid del Parnaso castellano, con su virtuosidad genial y castiza.

Al escribir "Cantos de Vida y de Esperanza" yo había explorado, no solamente el campo de poéticas extranjeras, sino también los cancioneros antiguos, la obra ya completa, ya fragmentaria de los primitivos de la poesía española, en los cuales encontré riquezas de expresión y de gracia que en vano se buscarán en harto celebrados autores de siglos más cercanos. A todo esto agregad un espíritu de modernidad con el cual me compenetraba en mis incursiones poliglóticas y cosmopolitas. En unas palabras liminares y en la introducción en endecasílabos se explica la índole del nuevo libro: la historia de una juventud allen

de tristezas y de desilusión, a pesar de las primaverales sonrisas; la lucha por la existencia, desde el comienzo, sin apoyo familiar, ni ayuda de mano amiga; la sagrada y terrible fiebre de la lira; el culto del entusiasmo y de la sinceridad, contra las añagazas y traiciones del mundo, del demonio y de la carne; el poder dominante e invencible de los sentidos en una idiosincrasia calentada a sol de trópico en sangre mezclada de español y chorotega o nagrandano; la simiente del catolicismo contrapuesta a un tempestuoso instinto pagano, complicado con la necesidad psicofisiológica de estimulantes modificadores del pensamiento, peligrosos combustibles, suprimidores de perspectivas afligentes, pero que ponen en riesgo la máquina cerebral y la vibrante túnica de los nervios. Mi optimismo se sobrepuso. Español de América y americano de España, canté, eligiendo como instrumento el exámetro griego y latino, mi confianza y mi fe en el renacimiento de la vieja Hispania, en el propio solar y del otro lado del Océano, en el coro de naciones que hacen contrapeso en la balanza sentimental a la fuerte y osada raza del norte. Elegí el hexámetro por ser de tradición greco-latina y por que yo

creo, después de haber estudiado el asunto, que en nuestro idioma, “malgré” la opinión de tantos catedráticos, hay sílabas largas y breves, y que lo que ha faltado es un análisis más hondo y musical de nuestra prosodia. Un buen lector hace advertir en seguida los correspondientes valores; y lo que han hecho Voss y otros en alemán, Longfellow y tantos en inglés, Carducci, D’Annunzio y otros en Italia, Villegas el P. Martín y Eusebio Caro el colombiano, y todos los que cita Eugenio Mele en su trabajo sobre la “Poesía bárbara en España”, bien podíamos continuarlo otros, aristocratizando así nuevos pensares. Y bella y prácticamente lo ha demostrado después un poeta del valer de Marquina.

Flexibilizando nuestro alejandrino, con la explicación de los aportes que al francés trajeran Hugo, Banville y luego Verlaine y los simbolistas, su cultivo se propagó, —quizás en demasía,—en España y América. Hay que advertir que los portugueses tenían ya tales reformas.

Hay, como he dicho, mucho hispanismo en este libro mío; ya haga su salutación el optimista, ya me dirija al rey Oscar de Suecia, o celebre la aparición de Cyrano en España, o me dirija al presidente Roo-

sevelt, o celebre al cisne, o evoque anónimas figuras de pasadas centurias, o haga hablar a D. Diego de Silva Velázquez y a D. Luis de Argote y Góngora, o loe a Cervantes, o a Goya, o escriba la letanía de Nuestro Señor Don Quijote. ¡Hispania por siempre! Yo había vivido ya algún tiempo y habían revivido en mí alientos ancestrales.

El título—"Cantos de Vida y Esperanza",—si corresponde en gran parte a lo contenido en el volumen, no se compadece con algunas notas de desaliento, de duda o de temor a lo desconocido, al más allá. En "Los tres reyes magos" se afianza mi deísmo absoluto. En la "Salutación a Leonardo"—escrita en versos libres franceses y publicada hacía tiempo en el "Almanaque de Peuser" de Buenos Aires—hay juegos y enigmas de arte, que exigen para su comprensión, naturalmente, ciertas iniciaciones. En "Pegaso" se proclama el valor de la energía espiritual, de la voluntad de creación. En "A Roosevelt" se preconiza la solidaridad del alma hispano-americana ante las posibles tentativas imperialistas de los hombres del Norte; en la poesía siguiente se considera la poesía con un especial don divino y se señala el faro de la

esperanza ante las amenazas de la baja democracia y de la aterrorizadora igualdad; en "Canto de Esperanza" vuelvo mis ojos al inmenso resplandor de la figura de Cristo, y grito por su retorno, como salvación ante los desastres de la tierra envenenada por las pasiones de los hombres, y, más adelante, de nuevo hago vislumbrar a los meditabundos pensadores, a los poetas que sufren la transfiguración y la final victoria. "Helios" proclama el idealismo y siempre la omnipotencia infinita; "Spes" asciende a Jesús, a quien se pide "contra el sañudo infierno una gracia lustral de iras y lujurias"; la "Marcha triunfal" es un "triunfo" de decoración y de música. Hay una parte titulada "Los cisnes". El amor a esta bella ave simbólica desde antiguo:

ignem perosus,
Quoe colat elegit contraria flumina flammis...

ha hecho que tanto a mí como al español Marquina nos haya censurado un crítico hispano-americano, anteponiendo al ave blanca de Leda el ave sombría, aunque minervina, el buho. De cierto, juzgo en su metamorfosis más satisfecho al hijo de Sthenelea que a Ascálafo. Y con todo, en varias partes afirmo la sabiduría del buho. Por el símbolo císnico torno a ver lucir la espe-

ranza para la raza solar nuestra; elogio al pensador augurando el triunfo de la Cruz; me estremezco ante el eterno amor. En "Retratos" presento en lienzos evocatorias pasadas figuras de la grandeza y del carácter hispánicos: cuatro caballeros y una abadesa. Luego ritmo al influjo primaveral, en un romance cuyo compás corto de pronto. En "La dulzura del Angelus" hay como un místico ensueño, y presento como verdadero refugio la creencia en la divinidad y la purificación del alma y hasta de la naturaleza por la íntima gracia de la plegaria.

"Tarde del trópico" fué escrita hace mucho tiempo, cuando por la primera vez sentí bajo mis pies las vastas aguas oceánicas, en mi viaje a Chile. Era para mí entonces todo en la poesía el semidiós Hugo. Los "Nocturnos", en cambio, dicen una cultura posterior, ya han ungido mi espíritu los grandes "humanos", y así exteriorizo en versos transparentes, sencillos y musicales, de música interior, los secretos de mi combatida existencia, los golpes de la fatalidad, las inevitables disposiciones del destino. Quizás hay demasiada desesperanza en algunas partes; no debe culparse sino a los marcados instantes en que una mano de tiniebla hace vibrar mayormente el cordaje

martirizador de nuestros nervios. Y las verdades de mi vida: “un vasto dolor y cuidados pequeños”; “el viaje a un vago Oriente por entrevistados barcos”; “el grano de oraciones que floreció en blasfemia”; “los azoramientos del cisne entre los charcos”; “el falso azul nocturno de inquerida bohemia”... Sí, más de una vez pensé en que pude ser feliz, si no se hubiera opuesto el “rudo destino”. La oración me ha salvado siempre, la fe; pero hame atacado también la fuerza maligna poniendo en mi entendimiento horas de duda y de ira. Mas ¿no han padecido mayores agresiones los más grandes santos? He cruzado por lodazales. Puedo decir como el vigoroso mejicano: “Hay plumajes que cruzan el pantano—Y no se manchan: mi plumaje es de esos”. En cuanto a la bohemia inquerida, ¿habría yo gastado tantas horas de mi vida en agitados noches blancas, en la enforia artificial y desorbitada de los alcoholes, en el desgaste de una juventud demasiado robusta, si la fortuna me hubiera sonreído y si el capricho y el triste error ajenos no me hubiesen impedido, después de una crueldad de la muerte, la formación de un hogar?...

Esperanza olorosa a hierbas frescas, trino
Del ruisñor primaveral y matinal,
Azucena tronchada por un fatal destino,
Rebusca de la dicha, persecución del mal....

Y gracias sean dadas a la suprema Razon, si puedo clamar con el verso de la overtura de este libro: "Si no caí fué porque Dios es bueno!" En la "Canción de otoño en primavera" digo adios a los años floridos, en una melancolía conata, que, si se insiste en parangonar, tendría su melodía algo como un sentimental eco mussetiano. Es de todas mis poesías la que más suaves y fraternos corazones ha conquistado. En "Trebol" hay homenaje a glorias españolas; en "Charitas" una aspiración teologal incensa la más sublime de las virtudes; en los siguientes versos: "¡Oh terremoto mental!" pasa la amenaza de las potencias maléficas; y más adelante se señala el peligro de la eterna enemiga, de la hermosa Varona que nos ofrece siempre la manzana...; en "Filosofía" se comprende la justeza de la obra natural y de la divina razón, contra las feas y dañinas apariencias; en "Leda" se vuelve a cantar la gloria del Cisne; en "Divina Psiquis..." se tiende, en el torbellino lírico, al último consuelo, al consuelo cristiano. "El soneto de trece versos", cuyo sentido incomprendido ha hecho

balbucir juicios distantes a más de un crítico de poca malicia, es un juego a la Mallarmé, de sugestión y fantasía. Los versos que van a continuación elevan a la idealidad y alivian del peso a las miserias morales. Después vendrá un paternal recuerdo, un himno al encanto misterioso femenino, un loor al Gran Manco, un madrigal ocasional, un canto a la siempre para mí atractiva Thalassa, una meditación filosófica, seguida de otras, una silueta bíblica; alegorías y símbolos. Un soneto hay que tiene una dolorosa historia: "Melancolía". Está dedicado a un pobre pintor venezolano que tenía el apellido del Libertador. Era un hombre doloroso, poseído de su arte, pero mayormente de su desesperanza. Le conocí en París; fuimos íntimos, me mostró las heridas de su alma. Yo procuré alentarle. Pasado un corto tiempo partió para los Estados Unidos. Y no tardé en saber que en Nueva York, en el límite de sus amarguras, se había suicidado. "Aleluya" exalta el don de la alegría en el universo y en el amor humano. "De otoño" explica la diferencia entre los mayos y los diciembres espirituales; en el poema "A Goya" me inclino ante el poder de aquel genial príncipe de luces y tinieblas; en

“Caracol” junto el misterio natural a mi incógnito misterio; en “Amo, amas”, pongo el secreto del vivir en el sacro incendio universal amoroso; en el “Soneto autum-
nal al marqués de Bradomin”, al celebrar un gran ingenio de las Españas, exalto la aristocracia del pensamiento; en otro “Nocturno” digo los sufrimientos de los invencibles insomnios cuando el ánima tiembla y escucha; en “Urna votiva” cum-
plo con la amistad; en “Programa matinal” se expone un epicurismo todo poético; en “Ibis” señalo el peligro de las ponzoñosas relaciones; en “Thanatos” me estremezco ante lo Inevitable; ofrendo una ligera y rítmica galantería bauvillesca; en “Propó-
sito primaveral” de nuevo se presenta una copa llena de vino de las ánforas de Epi-
curo.

La “Letanía de Nuestro Señor Don Quijote” afirma otra vez mi arraigado idea-
lismo, mi pasión por lo elevado y heroico. La figura del caballero simbólico está co-
ronada de luz y de tristeza. En el poema se intenta la sonrisa del “humour”—como
un recuerdo de la portentosa creación cer-
vantina,—mas tras el sonreír está el rostro
de la humana tortura ante las realidades
que no tocan la compleción y el pellejo de

Sancho. En "Allá lejos" hay un rememorar de paisajes tropicales, un recuerdo de la ardiente tierra natal, y en "Lo fatal", contra mi arraigada religiosidad y a pesar mío, se levanta como una sombra temerosa un fantasma de desolación y de duda.

Ciertamente, en mí existe desde los comienzos de mi vida, la profunda preocupación del fin de la existencia, el terror a lo ignorado, el pavor de la tumba, o, más bien, del instante en que cesa el corazón su ininterrumpida tarea y la vida desaparece de nuestro cuerpo. En mi desolación me he lanzado a Dios como un refugio, me he asido de la plegaria como de un paracaída. Me he llenado de congoja cuando he examinado el fondo de mis creencias, y no he encontrado suficientemente maciza y fundamentada mi fe, cuando el conflicto de las ideas me ha hecho vacilar y me he sentido sin un constante y seguro apoyo. Todas las filosofías me han parecido impotentes, y algunas abominables y obra de locos y malhechores. En cambio, desde Marco Aurelio hasta Bergson, he saludado con gratitud a los que dan alas, tranquilidad, vuelos apacibles y enseñan a comprender de la mejor manera posible el enigma de nuestra estancia sobre la tierra.

Y el mérito principal de mi obra, si alguno tiene, es el de una gran sinceridad, el de haber puesto "mi corazón al desnudo", el de haber abierto de par en par las puertas y ventanas de mi castillo interior para enseñar a mis hermanos el habitáculo de mis más íntimas ideas y de mis caros sueños. He sabido lo que son las crueldades y locuras de los hombres. He sido traicionado, pagado con ingratitudes, calumniado, desconocido en mis mejores intenciones por prójimos mal inspirados, atacado, vilipendiado. Y he sonreído con tristeza. Después de todo, todo es nada, la gloria comprendida. Si es cierto que "el busto sobrevive a la ciudad", no es menos cierto que en lo infinito del tiempo y del espacio el busto, como la ciudad, y ¡ay! el planeta mismo, habrán de desaparecer ante la mirada de la única Eternidad!

París. 1913

LA LARVA *

COMO se hablase de Benvenuto Cellini y alguien sonriera de la afirmación que hace el gran artífice en su "Vida", de haber visto una vez una salamandra, Isaac Codomano, dijo:

—No sonríais. Yo os juro que he visto, como os estoy viendo a vosotros, si no una salamandra, una larva o una empusa.

Os contaré el caso en pocas palabras.

Yo nací en un país en donde, como en casi toda América, se practicaba la hechicería y los brujos se comunicaban con lo invisible. Lo misterioso autóctono no desapareció con la llegada de los conquista-

* A propósito de esta página, quizá sea oportuno recordar el siguiente pasaje de la *Autobiografía* de Darío:

"Como dejo escrito, con Lugones y Piñeiro Sorondo hablaba mucho sobre ciencias ocultas. Me había dado desde hacía largo tiempo a esta clase de estudios, y los abandoné a causa de mi extremada nerviosidad y por consejo de médicos amigos. Yo había desde muy joven tenido ocasión, si bien raras veces, de observar la presencia y la acción de las fuerzas misteriosas y extrañas, que aún no han llegado al conocimiento y dominio de la ciencia oficial. En *Caras y Caretas* ha aparecido una página mía en que narro cómo en la plaza de la catedral de León, en Nicaragua, una madrugada vi y toqué una larva, una horrible

dores. Antes bien, en la colonia aumentó, con el catolicismo, el uso de evocar las fuerzas extrañas, el demonismo, el mal de ojo. En la ciudad en que pasé mis primeros años se hablaba, lo recuerdo bien, como de cosa usual, de apariciones diabólicas, de fantasmas y de duendes. En una familia pobre, que habitaba en la vecindad de mi casa, ocurrió, por ejemplo, que el espectro de un coronel peninsular se apareció a un joven y le reveló un tesoro enterrado en el patio. El joven murió de la visita extraordinaria, pero la familia quedó rica, como lo son hoy mismo los descendientes. Aparecióse un obispo a otro obispo, para indicarle el lugar en que se encontraba un documento perdido en los archivos de la Catedral. El diablo se llevó

materialización sepulcral, estando en mi sano y completo juicio. También en *La Nación*, de Buenos Aires, he contado cómo en la ciudad de Guatemala tuvo el anuncio psico-físico del fallecimiento de mi amigo el diplomático costarricense Jorge Castro Fernández, en los mismos momentos en que él moría en la ciudad de Panamá; y la pavorosa visión nocturna que tuvimos en San Salvador el escritor político Tranquilino Chacón, incrédulo y ateo; visión que nos llenó más que de asombro de espanto.

“He contado también los casos de ese género, acontecidos a gentes de mi conocimiento. En París, con Leopoldo Lugones, hemos observado en el doctor Encausse, esto es, el célebre *Papus*, cosas interesantísimas; pero según lo dejo expresado, no he seguido en esa clase de investigaciones por temor justo a alguna perturbación cerebral.”

a una mujer por una ventana, en cierta casa que tengo bien presente. Mi abuela me aseguró la existencia nocturna y pavorosa de un fraile sin cabeza y de una mano peluda y enorme que se aparecía sola, como una infernal araña. Todo eso lo aprendí de oídas, de niño. Pero lo que yo vi, lo que yo palpé, fué a los quince años; lo que yo vi y palpé del mundo de las sombras y de los arcanos tenebrosos.

En aquella ciudad semejante a ciertas ciudades españolas de provincia, cerraban todos los vecinos las puertas a las ocho, y a más tardar, a las nueve de la noche. Las calles quedaban solitarias y silenciosas. No se oía más ruido que el de las lechuzas anidadas en los aleros, o el ladrido de los perros en la lejanía de los alrededores.

Quien saliese en busca de un médico, de un sacerdote, o para otra urgencia nocturna, tenía que ir por las calles mal empedradas y llenas de baches, alumbrado apenas por los faroles de petróleo que daban su luz escasa colocados en sendos postes.

Algunas veces se oían ecos de músicas o de cantos. Eran las serenatas a la manera española, las arias y romanzas que decían, acompañadas con la guitarra, las

ternezas románticas del novio a la novia. Esto variaba desde la guitarra sola y el novio cantor, de pocos posibles, hasta el cuarteto, septuor, y aun orquesta completa y un piano, que tal o cual señorcete adinerado hacía resonar bajo las ventanas de la dama de sus deseos.

Yo tenía quince años, una ansia grande de vida y de mundo. Y una de las cosas que más ambicionaba era poder salir a la calle e ir con la gente de una de esas serenatas. Pero ¿cómo hacerlo?

La tía abuela que cuidó de mi niñez, una vez rezado el rosario, tenía cuidado de recorrer toda la casa, cerrar bien todas las puertas, llevarse las llaves y dejarme bien acostado bajo el pabellón de mi cama. Mas un día supe que por la noche habría serenata. Más aún, uno de mis amigos, tan joven como yo, asistiría a la fiesta, cuyos encantos me pintaba con las más tentadoras palabras. Todas las horas que precedieron a la noche las pasé inquieto, no sin pensar y preparar mi plan de evasión. Así, cuando se fueron las visitas de mi tía abuela—entre ellos un cura y dos licenciados—que llegaban a conversar de política, o a jugar al tute, al fusileo o al tresillo; y una vez rezadas las oraciones y todo el

mundo acostado, no pensé sino en poner en práctica mi proyecto de robar una llave a la venerable señora.

Pasadas como tres horas, ello me costó poco, pues sabía en donde dejaba las llaves, y además, dormía como una bienaventurada. Dueño de la que buscaba y sabiendo a qué puerta correspondía, logré salir a la calle, en momentos en que, a lo lejos, comenzaban a oirse los acordes de violines, flautas y violoncelos. Me consideré un hombre. Guiado por la melodía, llegué pronto al punto en donde se daba la serenata. Mientras los músicos tocaban, los concurrentes tomaban cerveza y licores. Luego, un sastre que hacía de tenorio, entonó primero "A la luz de la pálida luna", y luego "Recuerdas cuando la aurora..." Entro en tantos detalles para que veais cómo se me ha quedado fijo en la memoria cuanto ocurrió esa noche para mí extraordinaria. De las ventanas de aquella dulcinea, se resolvió ir a las de otra. Pasamos por la plaza de la Catedral. Y entonces... He dicho ya que tenía quince años, era en el trópico, en mí despertaban imperiosas todas las ansias de la adolescencia.... Y en la prisión de mi casa, de donde no salía sino para ir al colegio, y con aquella vigi-

lancia, y con aquellas costumbres primitivas.... Ignoraba, pues, todos los misterios. Así, cuál no sería mi gozo cuando, al pasar por la plaza de la Catedral, tras la serenata, vi, sentada en una acera, arropada en su rebozo, como entregada al sueño, a una mujer. Me detuve.

¿Joven? ¿Vieja? ¿Mendiga? ¿Loca? Qué me importaba. Yo iba en busca de la soñada revelación, de la aventura anhelada.

Los de la serenata se alejaban.

La claridad de los faroles de la plaza llegaba escasamente. Me acerqué. Hablé; no diré que con palabras dulces, mas con palabras ardientes y urgidas. Como no obtuviese respuesta, me incliné y toqué la espalda de aquella mujer que no quería contestarme y hacía lo posible porque no viese su rostro. Fuí insinuante y altivo. Y cuando ya creía lograda la victoria, aquella figura se volvió hacia mí, descubrió su cara, y, ¡oh espanto de los espantos! aquella cara estaba viscosa y deshecha; un ojo colgaba sobre la mejilla huesosa y saniosa; llegó a mí como un relente de putrefacción. De la boca horrible salió primero como una risa ronca; y luego, aquella "cosa," haciendo la más macabra de las

muecas, produjo un ruido que se podría indicar así:

—“Kggggggg...!”

Con el cabello erizado, di un gran salto, lancé un gran grito. Llamé.

Cuando llegaron algunos de la serenata, la “cosa,” había desaparecido.

Os doy mi palabra de honor, concluyó Isaac Codomano, que lo que os he contado es completamente cierto.

1910.

DILUCIDACIONES

“**L**os pensamientos e intenciones de un poeta son su estética”, dice un buen escritor. Que me place. Pienso que el dón de arte es aquel que de modo superior hace que nos reconozcamos íntima y exteriormente ante la vida. El poeta tiene la visión directa e introspectiva de la vida y una supervisión que va más allá de lo que está sujeto a las leyes del superior conocimiento. La religión y la filosofía se encuentran con el arte en tales fronteras, pues en ambas hay también una creencia artística. Estamos lejos de la conocida comparación del arte con el juego. Andan por el mundo tantas flamantes teorías y enseñanzas estéticas... Las venden al peso, adobadas de ciencia fresca, de la que se descompone más pronto, para aparecer renovada en los catálogos y escaparates pasado mañana.

Yo he dicho: Cuando dije que mi poesía era “mía en mí,” sostuve la primera condición de mi existir, sin pretensión ninguna de causar sectarismo en mente o voluntad

ajena, y en un intenso amor a lo absoluto de la Belleza. Yo he dicho: Ser sincero es ser potente. La actividad humana no se ejercita por medio de la ciencia y de los conocimientos actuales, sino en el vencimiento del tiempo y del espacio. Yo he dicho: Es el Arte el que vence el espacio y el tiempo. He meditado ante el problema de la existencia y he procurado ir hacia la más alta idealidad. He expresado lo expresable de mi alma y he querido penetrar en el alma de los demás, y hundirme en la vasta alma universal. He apartado asimismo, como quiere Schopenhauer, mi individualidad del resto del mundo, y he visto con desinterés lo que a mi yo parece extraño, para convencerme de que nada es extraño a mi yo. He cantado, en mis diferentes modos, el espectáculo multiforme de la naturaleza y su inmenso misterio. He celebrado el heroísmo, las épocas bellas de la historia, los poetas, los ensueños, las esperanzas. He impuesto al instrumento lírico mi voluntad del momento, siendo a mi vez órgano de los instantes, vario y variable, según la dirección que imprime el inexplicable Destino.

Amador de la cultura clásica, me he nutrido de ella, mas siguiendo el paso de

mis días. He comprendido la fuerza de las tradiciones, en el pasado, y de las previsiones, en lo futuro. He dicho que la tierra es bella, que en el arcano del vivir hay que gozar de la realidad alimentados de ideal. Y que hay instantes tristes, por culpa de un monstruo malhechor llamado Esfinge. Y he cantado también a ese monstruo malhechor. Yo he dicho:

*Es incidencia la Historia. Nuestro destino supremo
Está más allá del rumbo que marcan fugaces las épocas,
Y Palenke y la Atlántida no son más que momentos soberbios
Con que puntúa Dios los versos de su augusto Poema.*

He celebrado las conquistas humanas y he, cada día, afianzado más mi seguridad de Dios. De Dios y de los dioses. Como hombre, he vivido en lo cotidiano; como poeta, no he claudicado nunca, pues siempre he tendido a la eternidad. Todo ello para que, fuera de la comprensión de los que me entienden con intelecto de amor, haga pensar a determinados profesores en tales textos; a la cuquería literaria, en escuelas y modas; a este ciudadano, en el ajenjo del Barrio Latino, y al otro, en las decoraciones "arte nuevo" de los "bars" y musichalls. He comprendido la inanidad de la crítica. Un diplomado os alaba por lo menos alabable que tenéis; y otro os

censura en mal latín o en esperanto. Este doctor de fama universal os llama aquí “ese gran talento de Rubén Darío”, y allá os inflige un estupefaciente desdén.... Este amigo os defiende temeroso. Este enemigo os cubre de flores, pidiéndoos por lo bajo una limosna. Eso es la literatura. Eso es lo que yo abomino. Maldígame la potencia divina, si alguna vez, después de un roce semejante, no he ido al baño de la luz lustral que todo lo purifica: la autoconfesión ante la única Norma.

* * *

Jamás he manifestado el culto exclusivo de la palabra por la palabra. “Las palabras —escribe el señor Ortega y Gasset, cuyos pensares me halagan,— las palabras son logaritmos de las cosas, imágenes, ideas y sentimientos, y por tanto, sólo pueden emplearse como signos de valores, nunca como valores.” De acuerdo. Mas la palabra nace juntamente con la idea, o coexiste con la idea, pues no podemos darnos cuenta de la una sin la otra. Tal mi sentir, a menos que alguien me contradiga después de haber presenciado el parto del cerebro, observando con el microscopio los neurones de nuestro gran Cajal.

En el principio está la palabra como única representación. No simplemente como signo, puesto que no hay antes nada que representar. En el principio está la palabra como su manifestación de la unidad infinita, pero ya conteniéndola. "Et verbum erat Deum."

La palabra no es en sí más que un signo, o una combinación de signos; mas lo contiene todo por la virtud demisírgica. Los que la usan mal serán los culpables si no saben manejar esos peligrosos y delicados medios. Y el arte de la ordenación de las palabras no deberá estar sujeto a imposición de yugos, puesto que acaba de nacer la verdad que dice: el arte no es un conjunto de reglas, sino una armonía de caprichos.

Yo no soy iconoclasta. ¿Para qué? Hace siempre falta a la creación el tiempo perdido en destruir. Malhaya la filosofía que viene de Alemania, que viene de Inglaterra o que viene de Francia, si ella viene a quitar, y no a dar. Sepamos que muchas de esas cosas flamantes importadas, yacen, entre polillas, en ancianos infolios españoles. Y las que no, son pruebas por corregir para la edición de mañana, en espera de una sucesión de correcciones. Aquí se está

ahora, editorialmente—en Palma de Mallorca—desenterrando de sus cenizas a un Lulio. ¿Creéis que este Fénix resucitado contenga menos de lo que puede dar a la percepción filosófica de hoy cualquiera de los reporters usuales en las cátedras periódicas y más o menos sorbónicas del día?

Construir, hacer, ¡oh juventud! Juntos para el templo; solos para el culto. Juntos para edificar; solos para orar. Y la constancia no será la menor virtud, que en ella va la invencible voluntad de crear. Mas si alguien dijera: “Son cosas de ideólogos,” o “son cosas de poetas,” decir que no somos otra cosa. Es expresar: además del cerdo y del cisne, que nos han adjudicado ciertos filósofos, tenemos el ángel.

¡Tener ángel, Dios mío! Pido exégetas andaluces.

Mallorca.